

## REFLEXIONES FILOSÓFICAS A PARTIR DE EVANGELII GAUDIUM

Por Juan Carlos Mansur (ITAM)

Conferencia Internacional: ¿Tiene razón el Papa?

Implicaciones económicas y sociales de *Evangelii Gaudium*,  
5 de marzo de 2014, Hotel Melia.

Organizó la Konrad Adenauer Stiftung, IMDOSOC y CISAV.

### INTRODUCCIÓN

La exhortación que hace el Papa Francisco invita a reflexionar en uno de los temas perennes en la historia de la humanidad, que es la historia de cada uno de nosotros, pues quién de nosotros no busca la felicidad. Las personas vivimos sedientas de sentido, de tener amor, de que nos vaya bien en la vida, en última instancia, deseamos ser felices. Todo ser humano desea la felicidad, de aquí que todo sistema filosófico se ha propuesto intentar resolver qué es la felicidad y cuál es el camino que deberíamos seguir los hombres para alcanzar este deseo. En ese sentido la exhortación está plenamente inserta en un planteamiento filosófico y humano.

La exhortación *Evangelii Gaudium* invita a hacer una reflexión desde el punto de vista filosófico de la felicidad, aunque hay que advertir que el punto de partida y llegada de esta exhortación rebasan el campo de la Filosofía, pues nos dice que todo “auténtico” cristiano es feliz, y su felicidad radica en ser un Enamorado de Dios, que se sabe tocado por un amor infinito que lo rebasa. Por esto es feliz, pues se sabe amado por Dios y contempla el mundo y las personas que lo rodean como un regalo para crecer en el amor y contemplación de la belleza, y sobre todo porque se sabe guiado y acompañado por el amor de Dios en cada momento de su vida. De aquí que todo Cristiano quiera compartir y comunicar (que no imponer), ese amor y esa felicidad a los demás.<sup>1</sup> La exhortación es entonces una invitación

a ser un auténtico enamorado del amor de Dios y por lo mismo a ser auténticamente feliz viviendo cristianamente, pues el cristianismo cuando se vive plenamente “llena el corazón”, trae “libertad”, libera de “tristezas”, nos saca del “vacío interior” y del “aislamiento” brindándonos un “sentido de vida”, en un “nivel superior”, lo cual nos recuerda a Sócrates cuando afirmaba en su *Apología* que no basta vivir, sino vivir bien.

Escribir sobre la felicidad cristiana después de la sacudida que recibió la metafísica en el siglo XIX y XX resulta un reto por demás interesante, pues hoy día se tiene más en mira la visión ética y de felicidad que nos ha heredado el pensamiento de Nietzsche, quien buscó romper con la visión metafísica y teológica y vislumbra la llegada del *übermensch*, el hombre que va más allá de sí mismo, ese ser creador que abandona los valores supra terrenos y las morales del deber que se le imponen de fuera, lo mismo que las morales de las castas sacerdotales, que sin haber probado de las delicias del mundo, se lanzan a criticarlo por un mero resentimiento. Nietzsche anuncia al *superhombre* que se consagre a la tierra y que viva de forma creativa los valores. Así, el reto de Francisco no es menor, pues quien quiera hablar de felicidad desde el cristianismo, debe hacerlo tomando en cuenta las duras críticas que se han hecho a los seguidores de esta doctrina. Aun cuando, habría que decirlo, quizás el propio Nietzsche escribirá hoy día una “exhortación a la felicidad” en la que hiciera críticas similares a las que hace Francisco, ante el estado de masificación y embrutecimiento que se tiene reducida a la sociedad a lo largo y ancho del planeta.

El Papa nos muestra, con esta exhortación, su convicción de que el cristianismo nos ofrece una felicidad plena y nos invita a probarla. Lejos de hacer caso omiso a la crítica que ha hecho el siglo XX a la religión, la metafísica y el cristianismo, muestra una visión de felicidad que subsana por mucho, las críticas que se le podrían hacer al cristianismo. Así, el escrito resulta atractivo desde el aspecto filosófico porque muestra vías para mantener una discusión desde la filosofía actual. La estructura que se mantiene a lo largo del texto

<sup>1</sup> Para esto es importante partir del inicio: se es cristiano por un acontecimiento con una Persona, un enamoramiento. (5). Esto implica algo que desarrollará en todo el texto: certeza personal de ser infinitamente amado, más allá de todo. Esta es la idea de “encuentro”, no es una felicidad encerrada e individual, es una felicidad de “encuentro”, “feliz amistad”. Es una felicidad que nos comunica un Dios que nos saca de una pasividad y nos lleva a una actividad, a un ser “más allá de nosotros mismos”, nos lleva a “alcanzar nuestro yo más verdadero”. Estamos así en la idea de Encuentro que nos saca de una “conciencia aislada”, “auto referencialidad”.

consiste en mostrar que todo cristiano es feliz porque es misionero y evangelizador, y que en este sentido la felicidad que nos pueden proporcionar los beneficios “del mundo” son limitados y terminan por entristecer y vaciar de sentido al hombre, de aquí las críticas que hará a los sistemas que privilegian por encima de los valores espirituales y humanos el éxito económico, las estructuras consumistas, la aniquilación de culturas, el progreso material, etc. que prometen una felicidad que no pueden cumplir y que contrario a esta ilusión de felicidad, hay un revés de tristeza que encarnan, no sólo por lo limitado del mundo, sino por subordinar la felicidad y la dignidad del hombre frente a ídolos del progreso material, técnico y económico: centrar la felicidad en un sistema económico y en el consumismo, dará a corto o largo plazo una tristeza y debilitamiento de la persona, que se refleja en la “tristeza individualista” que genera “corazones cómodos”, “avaros”, hombres que van a la “búsqueda enfermiza de placeres superficiales”, “conciencias aisladas”, a la búsqueda interior que se enclaustra en sus “propios intereses”, lo cual trae una pérdida del “goce de la dulce alegría del amor” y una pérdida de entusiasmo por hacer el bien, algo que no es exclusivo de la época actual, sino que son pérdidas y vacíos de sentido en los que ha caído la historia de la humanidad desde sus orígenes. Así, la exhortación es salir de la situación de “engaño” que ofrece una falsa felicidad que “multiplica las ocasiones de placer, pero encuentra muy difícil engendrar la alegría”. (5)<sup>2</sup>

Contrario a lo que se esperaba, Francisco invita a los cristianos a salir al mundo, comprenderlo, interpretarlo y llenarlo de la alegría del cristianismo en un deseo por reencontrarnos con lo que es verdaderamente valioso y de ir más allá de sí mismos y asumir de manera creativa la vivencia cristiana del mundo, de ir más allá de lo propiamente humano y lanzarse a una forma de vida más plena, pues la actitud que han tenido algunos cristianos de encerrarse para preservar su pureza y su poder muestra que la ideología de la modernidad ha entrado en la Iglesia, amén que refleja una actitud soberbia y poco amorosa que engendra cristianos tristes y envueltos en falsas alegrías. Así, el drama aumenta para los que queriendo

huir del mundo materialista que no le satisface y quererse refugiar en la espiritualidad de la Iglesia, son recibidos por una comunidad cristiana que tampoco vive feliz, que es limitada en el conocimiento del verdadero cristianismo, que no vive la felicidad del evangelio y que acaba por condenar a sus prójimos.

Así, esta exhortación es también una llamada de atención para el Cristiano, quien parece que en su deseo de no “perderse” en el mundo, se ha recluso de él y no considera que del mundo pueda venir felicidad alguna, lo cual trae como resultado un cristiano triste, desconfiado y temeroso. Un cristiano “que vive una cuaresma sin Pascua”, que vive con cara de “funeral”, y el cristianismo no es de evangelizadores tristes, desalentados, impacientes o ansiosos. Hay que liberarse de “resentimientos”, de dejar de ser “seres quejosos”, “sin vida” para entrar en una “vida digna”, “plena”, una “vida en el Espíritu”.

Así, propone al cristiano liberarse de la quietud y entrar en dinamismo, vivir con la actitud de “arriesgarse”, pues a ese, el Señor no lo defrauda. Es la visión del hombre que va más allá de sí mismo. Este es un símil al “übermensch” del que habla Nietzsche, quien a través del símbolo y de la creación, pueda revivir los valores, exhortar a comunicar una felicidad saliendo más allá de uno mismo, por lo cual es interesante leer de la pluma del Papa expresiones como “creatividad divina” y actitudes que nos inviten a “brotar nuevos caminos”, pues el ser humano es en esencia creador y ser cristiano implica vivir de cara a la creatividad también, pero con una creatividad no “nihilista”, que remata en el auto endiosamiento y que genera depresión, melancolía y desolación, sino una creatividad inspirada, provocada y orientada por Dios. La felicidad cristiana disfruta de la Gracia y de aquí la invitación a descubrir ese amor y valor que encarna el amor de Dios y que se traduce en vida, de aquí que haya una revitalización de los valores, recordando que “la Iglesia no crece por proselitismo sino “por atracción”. (14)

<sup>2</sup> Las referencias que aparezcan entre paréntesis corresponden a la numeración de la Exhortación y para comodidad se han dejado en el mismo texto y no se dejan a pié de página.

Así, partimos en primer lugar del hecho inicial del cristiano. Todo cristiano es resultado de una conversión espiritual y de amor, que lo inunda de felicidad, por lo cual encuentra una felicidad en ser misionero, pues es feliz al comunicar la buena nueva. Si el cristiano busca comunicar esta felicidad, es porque descubre en ella un valor, para lo cual hay que comprender el valor en su doble sentido, el aspecto subjetivo que es lo que nos resulta de agradable un valor, sea o no objetivamente valioso, y su aspecto objetivo, que se refiere a lo que nos perfecciona como seres humanos. Así, los valores que vive un cristiano son tales, no porque los “sienta” como valiosos, sino porque son los valores que lo perfeccionan en cuanto persona en su totalidad.

Ante la seducción del mercado que nos vende la felicidad con toda clase de técnicas e imágenes, resulta difícil hablar del cristianismo como un valor y como una forma de ser feliz, y parecería necesario competir contra la propaganda que ofrece el consumismo y el mercado a costa de banalizar los contenidos del propio evangelio y volverlo “light”: el problema lo tienen todas las realidades espirituales en la era actual, sean las estéticas, las filosóficas, las morales o las religiosas, que experimentan la diáspora de todos los que buscan una felicidad al alcance de la mano y sin esfuerzos. El problema del consumismo en el mundo está en que hacer del mundo material y tecnológico una fuente de felicidad encarna algo de verdad, pero mucho de soberbia, pues la felicidad que procede de la acumulación, o del poder que buscamos muchas veces a través de las instituciones (sean económicas, políticas o sociales), son limitadas, y finitas, y a la larga generan una desilusión que lleva una tristeza, una pérdida del hombre y su soledad, tal como lo deja ver Víctor Frankl entre otros muchos autores.<sup>3</sup>

Lo lamentable es que cuando las personas salen de este mundo de consumo en la búsqueda de realidades más espirituales que le sacien su sed de sentido y acuden a la Iglesia, encuentran una institución que comunica sus valores con espadas y no con amor, sin comprender que la violencia no muestra más que la inseguridad.

Cristianos tristes y furiosos, seres que quieren hacer el bien, pero son temerosos, dogmáticos, rígidos y estériles; aislados, porque en su temor buscan una auto preservación, un deseo de no abrirse al otro, mantenerse en el bien, cuando lo que han hecho es seguir y construir una moral como catálogo de pecados y errores, seres reprimidos y que no tienen más que la misma enfermedad del mundo: un delirio del yo. Se vuelven torturadores de conciencias, edifican castillos de pureza y para colmo, no dan ejemplo de su acción. Aquí tampoco hay felicidad, hay tristeza, hay vacío, hay miedos, hay odios: esto no es ninguna “buena nueva”. El cristiano auténtico es quien da luz al misterio del amor de Dios, quien resalta el símbolo, el hacer entrar en el amor y la felicidad profunda, en meditar en la vida y ejemplo de Cristo para los seres humanos, lo cual implica saber conocer bien el evangelio y comunicarlo bien, no quitarle su frescura y su “olor a Evangelio”. (39)

La invitación que nos hace el Papa Francisco es *formarla* conciencia *Cristiana*, y para ello es necesario “discernir” y reconocer cuál es nuestra idea de amor cristiano, saber por qué es un valor el ser cristiano y por qué encierra una felicidad.<sup>4</sup> Es un ejercicio de salir con oración (conocimiento de Dios), y con trabajo. El discernir implica ser libre, autónomo, creador y arriesgado. La invitación de Francisco es que los cristianos deben ir más allá de sí mismos, buscar comprender qué de las acciones de cada uno ayudan al reino del amor y la paz. Pues si en el fondo uno se sabe amado por Dios y se ama a sí mismo, habrá una conversión a una ética del amor, no de la obligación, lo cual está en sintonía con la génesis de la moral de la que hablan San Agustín en las dimensiones del alma,<sup>5</sup> lo mismo que con Kant con sus distinciones entre máximas e imperativos hipotéticos y categóricos.<sup>6</sup> y Hegel con su explicación del progreso de la conciencia ética que va del Derecho, pasando a la Moralidad hasta llegar a la Eticidad,<sup>7</sup> incluso con el *Also sprach Zarathustra* de Nietzsche.<sup>8</sup> La conciencia ética no consiste en querer desordenado y la voluntad poco reflexiva, pues esto implica una pérdida del hombre, lo mismo que una ética del deber que sigue la reglamentación moral por miedo, aun cuando no se le reconozca ningún valor, la raíz de la ética está en el respeto a sí

<sup>3</sup> Cfr. Frankl, Víctor: Ante el vacío existencial, Biblioteca de Psicología 54, 1986, Herder, especialmente el apartado “La frustración existencial”, pp. 87-92.

<sup>4</sup> Al respecto puede consultarse la obra de Castillo, José M.: El discernimiento cristiano, ed. Sígueme, Salamanca, 1994.

<sup>5</sup> Cfr. San Agustín: Obras, BAC, Madrid, 1982, cap. XXXIII, pp. 554-562.

<sup>6</sup> Cfr. Kant, Emmanuel: Crítica de la razón práctica, libro primero, capítulo I, apartados 7 y 8.

<sup>7</sup> Hegel, G.W.F.: Enciclopedia de las ciencias filosóficas, Alianza Editorial, Madrid, 1997, especialmente los apartados 488-495; 503; 513-517.

<sup>8</sup> Cfr. Nietzsche, Friedrich: Así hablaba Zarathustra, Obras completas, Aguilar, Buenos Aires, 1965, la parte correspondiente a “los discursos de Zarathustra las tres transformaciones”.

mismo como persona, a seguir aquello que lo perfecciona y plenifica su ser. En el cristiano es, además, la vida de la conciencia que no sólo *aprecia* de manera subjetiva algo como bueno, sino que sabe que es bueno y está dispuesto a entregar todo en su vida por ese valor, salir al mundo y enfrentar los dolores que puedan haber en él, pues su mirada está puesta en una realidad superior: el amor de Dios, motivo por el cual, el primer capítulo versa sobre *la transformación misionera*.<sup>9</sup>

A partir de lo anterior podemos abordar el problema de frente: el cristiano es feliz al comprometerse con una comunidad. La pregunta es si puede contribuir en algo a la felicidad del mundo moderno que ha buscado de muchas maneras hacer la vida más amable y feliz para todos sus habitantes, o al menos para la mayoría. En primer lugar habría que decir algo que me parece, omite la exhortación, y es que muchos de los logros de la humanidad y de los beneficios materiales y sociales que hay hoy día, se deben en gran medida a la cultura cristiana y los ideales de caridad que encarna; quizás no se enfoca tanto en este punto, porque quiere abordar un problema medular, cuestionar si invertir los valores esenciales del ser humano es legítimo y si poner los beneficios materiales como punto de realización de la persona sea válido, es decir, si la propuesta de la Modernidad, que ha transformado esta jerarquía de valores, ha traído la felicidad a la humanidad.

A primera vista, la Modernidad ha traído más felicidad al mundo. Esto parece una verdad innegable, pues los logros de la racionalidad moderna han traído progresos incuestionables a la humanidad a nivel político, científico y social, y que hay una mayor conciencia y dignidad de los seres humanos, de sus derechos ciudadanos y laborales, así como los progresos en los campos de salud, progreso técnico, lo cual redundan en una mayor calidad de vida en diversos aspectos. Sin embargo en esta exhortación, se nos advierte que la Modernidad no ha proporcionado toda la felicidad esperada y que existe un riesgo al querer hacer de la Modernidad y el triunfo de la Razón la fuente última de la felicidad de las personas. Así, si bien es cierto que la felicidad se

<sup>9</sup> Vale la pena notar que Francisco insiste que esta felicidad surge de que alguien tomó una "iniciativa" que fue Dios hacia nosotros, haber vivido su misericordia, y es continuar esta iniciativa, "sin miedo", "salir al encuentro", "desear brindar misericordia": esta misericordia implica vivir y estar en el dolor y sufrimiento del otro, en su bajeza, y no es algo así como "mandato", es un acompañar en proceso duros, prolongados, y esto nos hará felices. Aquí es donde no necesariamente corresponde con la idea de felicidad que normalmente tenemos. Es asociarlo a la idea de "festejo", "celebración".

da cuando logramos suplir y remediar las limitantes que tenemos los seres humanos, el error está en creer que estas limitantes se reducen a condiciones materiales, así como creer que las limitantes serán saciadas en su totalidad por medios única y estrictamente materiales. Abonado a esto, Francisco va más allá y ubica el problema de la felicidad con el problema del amor y la estima, lo cual no se resuelve con los satisfactores materiales que garantiza la Modernidad.

El tema que se aborda no es menor, pues detrás del rostro de felicidad y logros que ha aportado el proyecto ilustrado, hay una serie de transformaciones de valores que no han hecho más feliz al hombre, pensemos que la Modernidad ha desvinculado los saberes y los ha vuelto autónomos y sin jerarquías, además de hablar de la razón cuantificable como el único valor de verdad. Esto afecta en un sin número de aspectos, hace de la economía y la ciencia entidades autónomas, desligadas de la ética, identifica el progreso material y la acumulación de satisfacción como los más altos valores y metas en la trascendencia del ser humano.

El problema radica en que la Modernidad se aventuró a querer saciar las dolencias del ser humano y pretendió hacerlo a través de la razón y el progreso material, sin darse cuenta que en su intento de hacer una torre de Babel y traer a esta tierra "el mundo feliz", cayó en el problema de la inmanencia y el egoísmo, así, la legítima búsqueda de la felicidad se transformó en la búsqueda enfermiza del engrandecimiento del yo que lleva dentro de sí la Modernidad, de la que dan cuenta autores como Heidegger al hablar en *Ser y Tiempo* del estado de caída en que cae el ser humano.<sup>10</sup> Así en la época contemporánea no tenemos nada para nadie, cada quien vive obsesivo del yo: "mi tiempo", "mi espacio", "mi vida", producto de una exaltación del yo y una libertad mal entendida, que engendra una búsqueda insaciable de la autonomía y auto referencialidad enfermiza de la que da cuenta Francisco en su exhortación. En este sentido el mundo moderno cae en una carrera loca y desenfrenada por lograr satisfacer las demandas de los consumidores y busca por todos los medios controlar la felicidad, a través de discernimientos

<sup>10</sup> Cfr. Heidegger, Martín: *Ser y Tiempo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1968, pp.147-199. El capítulo V, El "ser en" en cuanto tal, sobre todo cuando habla de los estados de caída del Dasein, que son "las hablurías", "la avidez de novedades" y "la ambigüedad".

sociológicos, psicológicos, índices de popularidad y busca en su mayoría el progreso material y el cumplimiento de los deseos, pero termina por generar muchas veces tristezas y locuras; termina siendo el imperio de lo efímero que nunca logrará mostrarnos lo Absoluto, que es a lo que toda persona tendemos.

Aquí resulta pertinente observar que esta búsqueda de la felicidad Moderna que busca la perfección y la felicidad en este mundo material engendra una lógica, que más allá de ser de exclusión, es de *autoexclusión*, pues tarde o temprano no cumpliremos con las demandas del mercado, pues la enfermedad y la vejez se apoderan día a día de nosotros. Además del hecho de que el mundo no termina por satisfacer las demandas del ser humano y pronto seremos excluidos del mercado y de la sociedad. Autores como Fromm,<sup>11</sup> han insistido en el problema de la idolatría, abstractificación y enajenación del ser humano, y cómo la lógica del bienestar termina por ser una anestesia que aplasta al ser humano y lo embrutece, lo excluye, lo deprime y concluye por generarle ansiedad. La promesa de felicidad de la Modernidad sigue a la espera y hoy día existen comunidades que, a consecuencia del sistema de una economía de mercado sin ética, viven con miedo, desesperación, patología, sufren de injusticia, y se da una vida con poca dignidad, y esto porque tenemos una economía de exclusión e inequidad.

Otro de los problemas que ha generado la modernidad es la pérdida de los valores espirituales. Los valores que promueve el mundo racional occidental han generado una indiferencia a la religión, el pensamiento, la moral, la diversidad cultural, y todo lo que atente contra el “pasarla bien en la vida”. Junto con esto, hay una tendencia por “desentenderse” del dolor del otro, así, paradójicamente “La cultura del bienestar nos anestesia y perdemos la calma si el mercado ofrece algo que todavía no hemos comprado, mientras todas esas vidas truncadas por falta de posibilidades nos parecen un mero espectáculo que de ninguna manera nos altera”.(54) La llamada de atención que se hace es a abrir los ojos y observar que hay de fondo una crisis antropológica,(55) que engendran algunos sistemas

filosóficos de la modernidad, que equiparan el placer al bien y la felicidad. Vivimos en una cultura del bienestar y la asociamos a la felicidad, y por este motivo se enaltece lo material, lo cuantificable, lo sensible, el dinero, la eficiencia y se desarticulan los valores más espirituales, se banaliza la cultura por afán del poder y el tener. Ven la esencia del ser humano como una esencia de deseo y egoísmo, y si bien hay un interés por liberar al hombre y volverlo autónomo y responsable de sus actos, estos sistemas filosóficos terminan por desmembrar los valores del ser humano y dejan en primer lugar el valor material y económico, con lo cual termina por desaparecer el valor ético en las decisiones profesionales y todo es terreno del campo de la especulación: salud, alimentación, educación, vivienda, dejando de lado el sentido esencial de las cosas, para reducirlo al valor que tienen en el mercado. En la economía donde todo es racional se termina por hacer abstracción de la persona, y esto genera una pérdida de afectos, mentes enajenadas, que hacen del otro una cosa, todo es objeto de consumo, seres explotables.

Lo anterior ha sido ya dicho por muchos autores. Donde se pone el dedo en la llaga y se habla de lo que normalmente no se dice, es que esta desarticulación de valores no es sino el reflejo de la dolencia del yo que terminan en el endiosamiento de sí mismo, y esto se debe a una honda raíz antropológica. En el fondo los seres humanos estamos dolidos de amor,<sup>12</sup> y este endiosamiento del sujeto no es otra cara más que la necesidad de amor y el interés por ser saciado por Alguien y no por algo. La época contemporánea parece privilegiar el endiosamiento del yo que busca poder, y lo cree encontrar en la autonomía, en su vida autorreferencial y enfermiza, que quiere enaltecer el poder del yo, sin darse cuenta que debilita su sentido del amor, con lo cual pierde eje en la vida y da entrada al relativismo moral que vuelca esta dolencia insaciada y no amada del yo en sistemas económicos, políticos, sistemas educativos. Esta falta del amor real termina por manifestarse también en la corrupción, la evasión fiscal, en fagocitar al otro; también en el consumismo que relativiza valores, vuelve los afectos y el yo inestable. Bajo esta idea de felicidad asociada a consumismo, aparecen nuevas formas de pérdida de sensibilidad al

<sup>11</sup> Fromm, Erich: Psicoanálisis de la sociedad contemporánea, F.C.E., México, 1970, cap. V, pp. 96-130.

<sup>12</sup> La obra de Michel Esparza, La autoestima en el cristiano es un muy buen estudio a nivel filosófico y teológico sobre el problema de la autoestima y las distintas formas y matices que toma esta dolencia esencial en el ser humano. Cfr. Michel Esparza, La autoestima en el cristiano, Belacqva, Barcelona, 2003.

dolor, al sacrificio, a la pobreza, se acrecienta la secularización que elimina culturas, desintegra familias, atomiza al hombre. La idolatría del yo genera una pobreza desatendida, y aniquila la cultura y la religiosidad. Así creer en una modernidad que se centra en el yo y una economía del yo acaba con la persona: “Encerrarse en sí mismo es probar el amargo veneno de la inmanencia y la humanidad saldrá perdiendo con cada opción egoísta que hagamos” (87).

Nuevamente se manifiesta el problema, las personas que salen de este sistema económico y estructuras de poder, acuden a la Iglesia en la búsqueda de consuelo y felicidad y se encuentran con que la gente no es feliz dentro de ella y esto porque se ha caído en la pérdida de los valores culturales que le eran propios: la oración, los sacramentos, falta de acompañamiento pastoral a los más pobres, ausencia de la acogida cordial en nuestras instituciones y nuestra dificultad para recrear la adhesión mística de la fe en un escenario religioso plural.”(70) No es una crítica a ser feliz, sino a costa de qué estamos buscando la felicidad: de la tristeza de otros, del abandono a los demás, y a dejar aspectos esenciales del ser persona. El mismo cristiano, al fin y al cabo hombre mortal como todos, se ha dejado llevar muchas veces por la soberbia y la dolencia del yo y se vuelve un adorador de sí mismo. Así, el Cristiano falsamente feliz rehúye a emplear el tiempo libre por los demás, en donar algo de sí mismo: es la obsesión del tiempo personal, de este esquema de la modernidad. Nos llenamos de actividades para salvar el ego, pero son actividades mal vividas, de aquí mucha de la enfermedad del exceso de trabajo, es un trabajo que genera tensión, enfermedad, insatisfacción. Nada de cansancio feliz, se trata de una teología de la prosperidad sin compromiso, de experiencias subjetivas solipsistas, se trata de una “infelicidad” de la misión evangélica, resultado de no estar seguros de lo que son y lo que creen.(79) Este es el problema de no vivir la verdad de la “buena nueva”. Así, este texto es una llamada de atención a la “psicología de la tumba”, que convierte a los cristianos en momias de museo: es la “desilusión de la realidad de la Iglesia y de ellos mismos”, se apegan a una tristeza dulzona, sin esperanza. Se dejan cautivar por cosas que sólo generan oscuridad y cansancio interior. Riesgos de la

“mundanidad” son la fascinación del gnosticismo que termina siendo cerrado, subjetivo, el “creo en mí” que tanto se dice en las calles por todas partes, la autonomía racional, el exigir el estado de bienestar.

Mucho de problema es que el Cristiano no ha sabido ser alegre y feliz, y en otras ocasiones poco creativo para generar una “cultura” cristiana verdaderamente fuente de paz y luz. Liturgia, misas, acciones, etc. Un punto medular es “¿el cristiano sigue siendo promotor y generador de sentido?” (73) En este sentido es necesario hablar de la comunidad ética que crea un equilibrio y orden social, una solidaridad que pugna por ser cada vez más amorosa y desinteresada, y que centren la sustancia ética a la que se hacía referencia anteriormente, en la amistad y la estructura amorosa y familiar, algo que hoy día sufre una gran crisis al ser sustituido por el deseo de satisfacer el “yo”: el “individualismo posmoderno” globalizado, debilita el desarrollo y estabilidad de los vínculos entre las personas. (67) Por eso deben los cristianos salir al mundo y conocerlo y discernir, pues de otra forma no son sal de la tierra y no son fuente de alegría.

El inicio de la solución al problema podría ser mirar a la esencia del ser humano y recordar que la Filosofía, la contemplación, la religiosidad son campos de experiencia humana altamente liberadoras cuando son impulsadas por amor y orientadas conforme a un auténtico y amoroso interés por la verdad. Dentro de todo ser humano está inserta la semilla de la filosofía, la religiosidad y la contemplación y nuestra vida es una tarea por desarrollarla y hacerla germinar y crecer. Es vivir el mundo Moderno y los avances tecnológicos, pero sin perder la jerarquía de los valores y la dignidad a la que está llamado el ser humano por vocación, sin perder de vista que hay un amor más elevado que el que puede otorgar el mundo material en su finitud. Se insiste en el amor como la más grande de las virtudes, pues ni el religioso, ni el filósofo, ni el contemplativo se escapan de la tentación del ego de caer en la enferma búsqueda del yo, no se trata de una felicidad producto de la *gloria humana*, se trata de una felicidad producto de la *gloria divina*, lo cual implica asumir un amor que procede de un lugar más allá de lo mundano y que aspira a una unidad divina.

Así, si bien la felicidad cristiana se da por una transformación moral, intensa y una salida al mundo sin perderse en él, ahora hay que añadir que la felicidad está en el evangelizar y lograr la *unidad como comunidad*, tema de honda importancia y principio al que aspira toda la humanidad. Esta unidad no es una unidad rígida, apolínea, con lo cual, el Papa, revitaliza la concepción romántica y de orígenes griega y medieval de unidad, en el que se logra la “unidad en la diversidad” y no en lo homogéneo. La evangelización se torna verdaderamente feliz, cuando nos quitamos la imagen de alcanzar una unidad homogénea de la iglesia, así como una transformación inmediata y un progreso ascendente, y comenzamos a penetrar más en la vida del espíritu y de la naturaleza orgánica, es decir, cuando comenzamos a comprender, -de forma alegre-, feliz y paciente que el reino de Dios la hace Dios con sus tiempos y modos. Esto implica entender la historia de la conciencia y la historia universal como un camino, como un construir y avanzar, retroceder, subir y bajar, pues la vida del espíritu y de las personas no sigue un camino lineal y ascendente, antes bien, sigue un proceso poco predecible. El no entender esto nos lleva al error del “evangelizador” que se vuelve un ser violento y triste, y engendra tristezas, pues le urge “convertir”, muchas veces a costa de dejar de lado la persona.

La unidad y felicidad a la que se nos exhorta es a comprender que Dios y el Espíritu Santo está en todos, de aquí la necesidad de decir “no” a los discursos unívocos del pensamiento, que engendran una idolatría, y en su lugar, dar un “sí” a la incorporación pues “una sola cultura no agota el Evangelio”, la unidad pétreo inmóvil, es una falsa unidad, la vida del espíritu y de comunidad implica una unidad en dinamismo, lleno de riqueza y variedad, estar preparado para la sorpresa de la diversidad de la vida, sin por eso diluir y “recortar a la medida” el evangelio: comprender la “identidad en la diferencia” o la “unidad en la diversidad”.

La unidad está en comprender que la Iglesia subsiste unitariamente desde la imperfección que busca y aspira siempre a la perfección. Así, se debe vivir en felicidad dentro de la Iglesia, no sólo a pesar de

saber que ella es imperfecta, sino precisamente porque no es perfecta al modo como se le quiere hacer ver perfecta. El cristiano promedio obra de buena fe buscando ser perfecto y ésta es en mucho la tarea que debe lograr, sin embargo no debe aspirar a esa perfección en la que queda él mismo excluido. La Iglesia debe saber ser feliz en el vivir en tensión ente estar cerrada y abierta al mundo, pues el buscar una “unidad” cerrándose, es un reflejo de temor y a veces, de miedo a estar equivocado, sin comprender que la mística y el Espíritu Santo incide en todo y en todos, sacerdotes, pueblo, profesionistas, hombres, mujeres, etc. De aquí la crítica hacia los que aspiran a una vida perfecta, estática, unívoca, pues se alejan de la realidad y se aferran a estructuras sólidas y rígidas inexistentes. El problema no es menor, pues muchos fieles dejan de ver a la Iglesia como un lugar de amor y fuente de alegría y sentido, sino como una estructura que quiere mantener la unidad a través del juzgar y condenar, por no ser todos puros, perfectos e integrados a una unidad, cuando deberíamos comprender que el Espíritu Santo suscita la diversidad. Esto nos lleva al punto de Kant y la *Paz Perpetua*,<sup>13</sup> quien advierte del peligro de creer y querer lograr una unidad sin diferencias ni divisiones, pues en el fondo esto sería una forma de totalitarismo y autoritarismo que reduce la amplitud del ser y la vida, a una visión reducida y limitada que es propia de los seres humanos. Por lo mismo pide no juzgar, sino amar, ejercitarse en el amor a sí mismo, a Dios y a los demás. Lo cual implica saberse imperfecto pero en progreso, saber que Dios tiene la última palabra, pero para esto se debe conocer el Cristianismo.

Bajo esta idea, la unidad a la que aspira el cristiano es la unidad en la diversidad, pues no hay cultura que agote la riqueza del cristianismo, “Es indiscutible que una sola cultura no agota el misterio de la redención de Cristo” (118), por esto es importante alegrarse y ser feliz de la “piedad popular”, la “connaturalidad afectiva”, a pesar de las diferencias. Esta es la tensión en la que debe vivir la Iglesia, la univocidad y la equivocidad, pero entendiendo que “El Espíritu Santo suscita esa diversidad”, so pena de caer en idolatría. Esta búsqueda de unidad es la misma que tendrá que mantener el cristiano con la relación Iglesia-Estado, fe y razón, catolicismo y

<sup>13</sup> Kant, Emmanuel: La paz perpetua, Editorial Porrúa, S.A., México, 1996. Sobre todo sección segunda en su primer y segundo artículo. pp. 221-227.

cristianismos, cristianismo y ateos, cristiano y otras culturas, con respecto a esto último hay que decir que el cristiano es feliz en la ayuda a los demás y es feliz en la dimensión social. Y es que uno de los grandes cuestionamientos o puntos de discusión es en qué medida la felicidad en el ser humano supone y necesita de una dimensión social, o se da “a pesar” de nuestra convivencia con los demás seres humanos. La explicación está en la raíz antropológica y teológica de que parte el cristiano: el cristiano es esencialmente un ser social y vive en comunidad y compromiso con los otros: “El *Kerygma* tiene un contenido ineludiblemente social: en el corazón mismo del Evangelio está la vida comunitaria y el compromiso con los otros. El contenido del primer anuncio tiene una inmediata repercusión moral cuyo centro es la caridad”. (177) En este sentido, todo verdadero cristiano busca la felicidad en esta tierra y la mejora de las condiciones materiales para sanar el dolor del afligido y para gozar de este mundo que ha sido entregado por Dios para su disfrute.

Lo anterior nos lleva a un tema álgido y nada fácil de tratar: la pobreza y la inclusión social de los pobres. Un tema de muchas aristas y que por la extensión de este escrito no puede ser abordada con tanta profundidad como debería, pero que nos invita a una reflexión en torno a la idea de la felicidad, y es que en esta exhortación no se nos está proponiendo un sistema económico ni político que resuelva el problema de la pobreza, sino la conversión del corazón para atenderla y remediarla; lo mismo que advertir que hay sistemas económicos que –al dejar de lado con sus sistemas financieros, económicos, y políticos el amor a los demás–, incitan y promueven la pobreza y el desamor en el mundo, cuando lo que busca el cristianismo es la misericordia y encuentra en ella la felicidad.

El mundo moderno se precia de haber traído más felicidad y progreso al mundo, pero poco se habla del individualismo, indiferencia y falta de solidaridad que ha generado la ciudad Contemporánea, que ha llegado muchas veces a endurecer el corazón de sus habitantes, porque nos hace caer en el éxtasis del consumo, la distracción, alucinación. En este sentido, la exhortación afirma que las tendencias

del mundo actual al consumismo, comercialización, *hace más difícil la misericordia porque hace más difícil la donación*. La solución parece que tiene que ver con el hecho de que ayudar al pobre plenifica la caridad y en este sentido redime el amor, pues dar al pobre es un acto de salir de sí mismo, del auto endiosamiento, para recuperar nuestra verdadera capacidad de amar. Esto, por un lado, es un acto de “superarse a sí mismo” (más allá de lo que a mi entender, pudo ver Nietzsche y las morales egoístas y utilitaristas), pues lejos de engrandecer al yo y acrecentarlo en títulos, riquezas propiedades, experiencias, y seguir la carrera que nos pide el “mundo”, el cristianismo invita a superarse a sí mismo en la propia incapacidad de entrega a los demás que tenemos, en salir al tú que es la muestra de la verdadera caridad, por esto habla de virtudes como “amor fraterno”, “servicio humilde y generoso”, “justicia”, “misericordia con el pobre”.

¿Por qué puede ser una felicidad darle al pobre? Quizás porque él nunca nos lo agradecerá, y esto vuelve más plena y auténtica nuestra donación. Es más gratificante en el plazo inmediato hacerle un favor y donación a quien nos lo agradecerá y reconocerá mediante favores, es más confrontante y prepara más la voluntad y la plenitud de nuestra acción el dar al pobre, pues ahí nuestro espíritu se libra del esquema “dar para recibir”, que siempre acarrea un tipo de tristeza, porque se vive a merced del otro y de su reconocimiento, (algo que desde Aristóteles se critica).<sup>14</sup> El amar y ayudar al pobre lo cual es otra forma de encarnar la misericordia, nos hace ver que es necesario amar al necesitado por la estima que se merece. Todo quien ayuda a un necesitado comparte nuevos valores y encuentra la riqueza de una persona, pues, el pobre, cuando es amado, “es estimado como de alto valor”. (199)

Esta propuesta a amar para obtener la verdadera felicidad evangélica pega naturalmente a académicos, empresarios, profesionales, políticos y a eclesiásticos, que están muchas veces más a pendiente de engrandecer su ego y nunca tienen tiempo para los demás y menos para los necesitados que no retribuyen en nada al “yo endiosado”, de aquí que sea confrontante leer en la exhortación que no hay asunto

<sup>14</sup> Cfr. Aristóteles: Ética Nicomáquea, Libro I, cap. VII.

que nos plenifique tanto como ayudar al pobre: no nos dará nada a cambio, será quien nos ayude a perfeccionar nuestra forma de amar y de ahí la felicidad más plena. De ser lo anterior así, obliga a reordenar la sociedad, “sanarla de una enfermedad que la vuelve frágil, indigna”, haciendo ver que si no aprendemos a ver la pobreza con caridad, no obtendremos nuestra salud y felicidad. No es un sufrir para que los pobres sean mejor, sino que es un salir de sí para ayudar a los demás, el pobre no puede ser centro de atención, debe ser centro de vínculo.

De aquí la crítica a las economías, políticas, ciencias que no se ordenan hacia el amor, que en su “autonomía” racional contribuyen a la ceguera y enfermedad de uno y de los demás, es la “autonomía absoluta de los mercados”, y la “especulación financiera”, desde la filosofía esto sería una pérdida de sí mismo por la idolatría, por la enajenación de la que habla Fromm, la que señala Platón, Aristóteles, Kant, Hegel, Heidegger y tantos otros sobre las formas de extravío del ser humano y la pérdida de sí mismo cuando vivimos merced del mundo material, sin imponer el amor y la contemplación como último saber, y es que quien vive en el endiosamiento del yo y el poder, pierde el sentido del amor, pues el verdadero amor es contemplativo, permite servir no por necesidad ni vanidad, sino por un desinterés que se transforma en un amor bello, más allá de la apariencia. El esquema sería entonces: Reconozco y siento que Dios me ama, salgo al otro, al más necesitado, por amor, sin esperar nada a cambio, porque ahí está un grado de plenitud. ¿Qué visión de amor tenemos? La de un amor contemplativo, pues como dice santo Tomás: “El verdadero amor siempre es contemplativo, nos permite servir al otro no por necesidad o por vanidad, sino porque él es bello, más allá de su apariencia: “Del amor por el cual a uno le es grata la otra persona depende que le dé algo gratis”. (199)

Esta exhortación pues, recuerda que hay que vivir dignamente de la profesión, y saber convivir con el entorno y las personas, y no hacer un ídolo de ellos, dejar de servirse de ellos para volverse amante y sirviente de ellos. Por esto expresiones como “ética”, “solidaridad mundial”, “distribución de bienes”, “preservar fuentes de trabajo”, “dignidad del

ser humano débil”, “Dios de justicia”, deben ser revaloradas, no por ideología, sino porque acercan a vencer la idolatría y acceder al amor desinteresado que nos plenifica como seres humanos.

La pobreza está en todas partes, no hay que ir muy lejos para encontrarla, ella está frente a nosotros, en cada país, cada continente y cada ciudad, en Indígenas, pobreza urbana, con los drogadictos, los refugiados, los ancianos, los migrantes, las mujeres maltratadas, los niños maltratados, el aborto. La tarea es acompañar, ayudar comprender, porque nadie de nosotros está exento de la pobreza y la tristeza en sus múltiples manifestaciones, la luz de Cristo debe hacerse presente ahí donde estamos en más necesidad, sólo así se puede lograr una unidad amorosa creíble, de otra manera quien se dice cristiano, debe aceptar ser sólo un “simpatizante del cristianismo”.

Si atendemos este amor de entrega, llegaremos a la paz y todo cristiano vive la felicidad de la paz que procede de Dios, no de la paz que es resultado de violencia, sino de la paz que es fruto del *desarrollo integral de todos*. Desarrollo de la convivencia social y construcción de un pueblo donde las *diferencias armonicen*. Esto recuerda a una visión más orgánica de la vida y la historia, que ve cómo todas las partes y elementos de una comunidad se implican, cómo la vida sigue procesos “no lineales”, sino ascendentes y descendentes, algo que está más en la óptica de filósofos medievales, romántica, e incluso en innumerables autores contemporáneos.<sup>15</sup>

Si no cambiamos la visión del mundo a una perspectiva más orgánica, a largo plazo, si no vemos o planeamos a futuro, y pensamos en que todo está dentro de un orden temporal, siempre y cuando haya inteligencia y voluntad recta, si no ciframos la esperanza en un futuro mejor, no lograremos conciliar esta paz y esta unidad, que no es una ausencia de conflictos, es un punto intermedio entre el sincretismo y la visión unitaria y totalitaria. Se trata de una “diversidad reconciliada”, de un aprender a convivir en la “comunidad de diferencias”, lo cual no se logra si no hay caridad ni solidaridad.

<sup>15</sup> Sobre las tesis del Romanticismo puede consultarse “La reacción romántica contra la edad de la razón”, en La formación del pensamiento moderno. Historia intelectual de nuestra época, ed. Nova, Buenos Aires, 1952. Un autor de habla española que sigue la línea no moderna de hacer filosofía y que puede ayudar a comprender el cristianismo desde la visión contemporánea es Alfonso López Quintás.

Desde el aspecto filosófico se puede hablar del error de pensar en la unidad en términos del racionalismo, esto es, de privilegiar la “idea” de unidad por encima de la unidad que el mundo nos manifieste. Esto lleva al riesgo de caer en juzgar la realidad con criterios erróneos, llámense “purismos angélicos”, “totalitarismos de lo relativo”, “nominalismos”, “formalidad” o “idea cruda”.(231-232) Si bien el Cristiano debe aspirar a una unidad, ésta no puede dejar olvidada la realidad y el mundo en el que se mueve, lo cual implicará siempre una tensión, pero más allá de eso, una alegría y felicidad de saber vivir en esta tensión entre el mundo y el ideal al que queremos llegar, pues el evangelio vivirá un sentido de totalidad, no de totalitarismo.(237) Para esto se requiere un diálogo social, lo cual habla de una felicidad en el articular encuentros, poner la caridad y el logos como medio en todo, es decir, hacer diálogo caritativo entre culturas, credos, fe y razón, así, se debe animar a todo bautizado a ser instrumento de pacificación y testimonio creíble de una vida reconciliada, lo cual no consiste en caer en sincretismos conciliadores, pero si se requiere una apertura, y “La verdadera apertura implica mantenerse firme en las propias convicciones más hondas, con una identidad clara y gozosa, pero “abierto a comprender las del otro” y “sabiendo que el diálogo realmente puede enriquecer a cada uno”.(252)

Para concluir esta reflexión es necesario abordar una pregunta final, ¿es posible lograr la felicidad en esta tierra? Quizás la respuesta más honesta sea decir que sí, siempre y cuando busquemos ordenar nuestros valores y jerarquizarlos y hacer pleno el amor, pero a sabiendas que nunca será una felicidad completa, pues la propia vida está llena de limitantes que no nos permiten alcanzar la plenitud, de aquí que filósofos como Aristóteles tuvieran que aceptar que la máxima felicidad se alcanza cuando las cosas suceden como nos resultan convenientes, pero que frente a los embates azarosos de la vida,<sup>16</sup> lo único que nos queda es la virtud para resistir esos dolores. Filósofos como Kant dieron un salto más allá y propusieron que ante esta imposibilidad de alcanzar en este mundo el bien supremo y la felicidad, es necesario postular la inmortalidad del alma y un Dios que sacie esta necesidad.<sup>17</sup>

Por lo que corresponde a nuestra vida en esta tierra, es necesario insistir que para el cristiano el mundo, la vida y todo lo que lo contiene, es motivo de felicidad, y esto se engrandece para él, porque además se sabe amado por Dios, y por esto ve a Dios en todo y en todos. Por esto concluye la exhortación con este principio de amor que nos hace ver que el cristiano es feliz cuando deja de obsesionarse por ser feliz. Porque en su entrega amorosa a Dios y su confianza en El, decide conocerlo más, actuar más y confiar más en El. El amor es “la única luz que ilumina constantemente a un mundo oscuro y nos da la fuerza para vivir y actuar”, de aquí que el llamado de Francisco sea a generar la perfección y la paz en la acción y no en el encierro. Así, deja de calcular ser feliz y se entrega más a la sabiduría del amor, lo cual no es vivir en el quietismo, sino antes bien, lanzarse al mundo para recrear los valores de Amor que le inspira, porque está embriagado del Espíritu y por ello su actitud es de más confianza y no de temor a los propios fracasos que sucedan en su vida. Hay más felicidad en salir y errar, que en encerrarse para no equivocarse, por esto afirma insistentemente Francisco: “prefiero una iglesia accidentada, herida, y manchada por salir a la calle, antes que una iglesia enferma por el encierro y la comodidad de aferrarse a las propias seguridades. No quiero una iglesia preocupada por ser el centro y que termine clausurada en una maraña de obsesiones y procedimientos.”(49)

Esta visión más orgánica y romántica de la historia y de la vida personal, nos invitan a pensar que la historia sigue una finalidad porque está guiada por la Providencia, motivo por el cual, tendremos siempre la felicidad y la esperanza de que las cosas serán mejor. De aquí la necesidad de mostrar “felicidad” en la evangelización, vivir y compartir de forma alegre, generosa, audaz y con amor. Como se puede apreciar, estas aseveraciones se alejan poco a poco del planteamiento filosófico y entran en un tema religioso, el terreno espiritual, pues se tiene que hablar de la acción amorosa del Espíritu Santo, aunado a la oración y el trabajo.

Vivir la unidad y paz cristianamente, implica aceptar la vida como un camino que sube y baja, que no sigue una línea recta sino que va

y viene, con la convicción de que Dios siempre está con nosotros, y que nosotros debemos vivir ese amor, pues quien ama se entrega a la Providencia, y el aislarse o escaparse, el negarse a compartir o resistirse a dar el encerrarse en la comodidad no contribuye al amor de Dios, ni a la felicidad de uno mismo: eso no es más que un lento suicidio. Quien busca saciar el amor por sí mismo, quien busca que el mundo agote su deseo de amor infinito caerá en la tristeza, pues vivirá merced de los reconocimientos, aplausos, premios, puestos, esto es buscar el suicidio y vivir en la angustia por creer que la salvación se encuentra en uno y no en Dios, tal como lo deja ver Guardini al hablar de la angustia contemporánea que cae en la desesperación a causa de la extrema soberbia de rebelarse a su ser finito, frente a la conciencia de finitud cristiana que se puede vivir con ánimo y confianza en un Amor que nos sobrepasa y protege.<sup>18</sup>

De aquí que el llamado será a hacerse una persona convencida, entusiasmada, segura, enamorada, amar a Dios en la persona, pues sólo así se puede vivir del *gusto espiritual de ser pueblo*, de entrar en empatía, lo cual implica tocar la miseria humana, la carne sufriente, porque todos sufrimos, porque todos somos en mayor o menor medida ser ese Cristo doliente.

El cristiano es feliz porque sabe que con inteligencia, amor y con la ayuda del amor divino, la vida dará frutos sin saber cómo, ni donde, ni cuando, no se pierde ninguno de sus trabajos realizados con amor, no se pierde ningún acto de amor a Dios, no se pierde ningún cansancio generoso, no se pierde ninguna dolorosa paciencia. La persona es una continua sorpresa, creación, salir de sí mismo. Siempre desaparece todo, siempre vuelve a surgir algo nuevo, esto implica trabajar el interior y confiar, por esto es la certeza interior, la convicción de que Dios puede actuar en cualquier circunstancia, “llevamos este tesoro en recipientes de barro”. El Espíritu Santo obra como quiere , cuando quiere y donde quiere; el cristiano se entrega por amor, pero sin pretender ver resultados llamativos: “Aprendamos a descansar en la ternura de los brazos del Padre en medio de la entrega creativa y generosa. Sigamos adelante, démoslo todo, pero

dejemos que sea Él quien haga fecundos nuestros esfuerzos como a Él le parezca, (279) de aquí que el Cristiano desarrolla una virtud: la confianza, confiar en el Espíritu Santo, confiar en que podemos ir más allá de nuestro ser hombres, tener valentía pues confiar en lo invisible produce vértigo, sumergirnos en un mar donde no sabemos qué vamos a encontrar. Renunciarse a calcularlo y controlarlo todo, permitir que El nos ilumine, nos guíe nos oriente, nos impulse hacia donde El quiera, porque todo auténtico cristiano es un enamorado de lo absoluto que, como todo ser humano, vive la tristeza, pero que en lugar de saciarla desesperadamente en este mundo y por sus propias fuerzas, pone su confianza en Alguien que lo ama más que uno, porque *nuestra tristeza infinita sólo se cura con un infinito amor (265)*.

<sup>18</sup> Guardini, Romano: La aceptación de sí mismo, Lumen, Buenos Aires, 1992, p. 29.